

sa en el corazón humano, es presentada como participación cristológica abierta a un cumplimiento en la luz de la caridad que requiere la iluminación del bien específica de las virtudes. En consonancia con la fuente tomista analizada, *Veritatis splendor* establece una original perspectiva de la ley natural a través de su fundamento cristológico y pneumatológico. Esta fundamentación no se realiza a modo de un ontologismo cristológico de corte reduccionista sino que se integra en la intrínseca intencionalidad que mueve la acción humana. La continuidad entre la ley natural y la "Ley viviente y personal" que es Cristo encuentra su asiento en el corazón humano. Gracias al don del Espíritu, el corazón humano está llamado a vivir la plenitud del amor, la caridad cristiana.

La obra termina con la bibliografía, índice de nombres e índice general. Algunos errores de edición, como que el índice general contenga una numeración que no corresponde a la del libro, o la adición manual de la firma del prólogo no empañan un trabajo original, bien estructurado y redactado, que ha sabido mostrar la profundidad teológica y filosófica del concepto de ley natural en la encíclica *Veritatis splendor*. La publicación del documento de la Comisión Teológica Internacional sobre la cuestión de la búsqueda de una ética universal y una nueva mirada a la ley natural en el año 2009 es bien representativo respecto al interés y la importancia de este tema. El debate teológico que se ha suscitado y el trabajo de profundización realizado en estos últimos años alrededor de la adecuada interpretación de la ley natural para la renovación de la moral provienen de la necesidad de entablar un verdadero diálogo sobre las cuestiones éticas o morales. El estudio de Fernando Simón resulta una contribución significativa en la dirección de una interpretación verdaderamente teológica de la ley natural.

Juan de Dios Larrú

BURKHART, E. – LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de Teología espiritual I* (Rialp, Madrid 2010). 623 pp. ISBN: 978-84-321-3829-4

Ernst Burkhardt y Javier López son dos investigadores especialistas en teología moral por la Universidad de Navarra que han dedicado los últimos diez años a analizar las obras de San Josemaría en el Centro de Documentación Histórica del mismo nombre, con sede en Pamplona y Roma. De momento este primer volumen describe la fuerte unidad de sentido que la teología espiritual de San Josemaría Escrivá estableció a lo largo de sus obras principales entre un triple punto de vista, a saber: la dimensión natural, sobrenatural y eterna o escatológica que puede llegar a alcanzar la

vida ordinaria cuando se desarrolla en conformidad con un doble principio regulador, a saber: por un lado, la exigencia de desarrollar un fuerte carácter apostólico en medio del mundo, asumiendo la responsabilidad de tratar de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas honestas; y, por otro lado, el compromiso de adquirir también el subsiguiente edificio de virtudes, sin las cuales tampoco sería posible dar a Dios la gloria que efectivamente le corresponde. De todos modos ahora también se prevé la publicación de otros dos volúmenes dedicados específicamente a analizar el sujeto de la vida cristiana en general (parte 2) y el camino específico de santificación en medio del mundo (parte 3). Sin embargo no se pretende llevar a cabo un análisis específico de la espiritualidad del Opus Dei, sino más bien mostrar cómo la espiritualidad difundida por San Josemaría puede servir de modelo para todo el mundo, en la medida en que se presenta como una síntesis de la larga tradición cristiana de teología espiritual a este respecto.

San Josemaría habría establecido desde un inicio una jerarquía interna entre tres posibles fines de la vida espiritual: el fin principal de dar gloria a Dios a través de la totalidad de la creación, incluido el hombre y la sociedad; y, por otro lado, aquellos otros dos fines derivados que a su vez se presuponen, a saber: procurar una creciente implantación del Reino de Cristo, con la consiguiente exaltación de la Santa Cruz, en un mundo materializado como el actual; y, simultáneamente, conseguir la progresiva edificación de los corazones de los fieles mediante el correspondiente ejercicio de las virtudes morales y teologales. Sólo así se lograría llevar a cabo una efectiva santificación del trabajo desarrollado por cada fiel cristiano en las más diversas profesiones y oficios, siempre que se justificara su puesta en práctica en virtud del valor expiatorio corredentor del dolor y del sufrimiento.

En este sentido una adecuada formación del carácter apostólico exigiría llevar a cabo una previa santificación de esas mismas actividades profesionales y oficios, sin menoscabo de la debida jerarquía que en estos casos se debe establecer entre la oración, la expiación y la acción. En cualquier caso se considera que el reconocimiento de la condición mundanal e histórica del fiel cristiano no debe ser un obstáculo insuperable a fin de lograr una efectiva difusión del mensaje cristiano de la Iglesia concebida como la comunidad escatológica de todos los santos. En su lugar más bien se toma esta circunstancia como una oportunidad única para lograr este reconocimiento por parte del conjunto de la humanidad, "desde dentro" de ella misma, sin que la transmisión del mensaje cristiano pueda quedar reducido a un mero testimonio verbal u oracular "desde fuera".

De todos modos San Josemaría tardaría casi 40 años en ver confirmadas muchas de sus propuestas de 1928 a lo largo del Concilio Vaticano II (1962-1965). Se comparan a este respecto numerosas propuestas de San Josemaría con las de algunos de los teólogos más determinantes de la posterior marcha del concilio, señalando a su vez sus semejanzas y diferencias. Especialmente se resalta el impacto que algunos debates preconciliares acabaron ejerciendo en la posterior fijación de la doctrina conciliar, sin que ello supusiera una ruptura respecto del Magisterio de la Iglesia anterior. A este respecto se destacan los debates de los años 20 y siguientes

acerca de la *cuestión mística, bíblica o litúrgica*, que contaron con la participación de González Arinterro, Garrigou-Lagrange o Maritain, entre otros muchos. O los debates más reciente acerca de la *teología del laicado*, con la participación de Congar, Rahner, Häring, Thils, von Balthasar. O las propuestas de Chenu relativas a la teología de la *santificación del trabajo*, o las de Teilhard de Chardin relativas a la *teología del mundo*. Pero sobre todo se destacan las aportaciones teológicas de von Balthasar relativas a la teología de la *gloria de Dios*; o las interpretaciones exegéticas de Schnakenburg, Bonsirven, Feuillet, Schlosser y especialmente Schmaus, o aún antes Juan Eudes, relativas a la teología del *Reino de Cristo*, especialmente en los Evangelios sinópticos; o las interpretaciones escatológicas y trinitarias de Möhler, Newman, de Lubac o Ratzinger, relativas a la Iglesia como *Cuerpo místico de Cristo*. O las del propio Concilio Vaticano II relativas a la Iglesia como *protosacramento de salvación* o como *Pueblo de Dios*, que ahora se afirma como presupuesto de todas las demás características que se le asignan.

A este respecto se muestra el impacto que en cada caso tuvieron estas propuestas teológicas en los textos magisteriales del Concilio, en la medida en que a su vez se integraron en un cuerpo doctrinal sistemático profundamente coherente. Por su parte la postura de San Josemaría habría experimentado una clara evolución en el transcurso del Concilio. Inicialmente su preocupación principal habría consistido en dejar plasmados en los textos conciliares los principios fundamentales de la llamada universal a la santidad y de la santificación del trabajo ordinario. Sin embargo, una vez logrado aquel primer objetivo, su interés preferencial pasó a ocuparlo la pretensión de hacer resaltar la continuidad existente entre los textos conciliares de los diversos concilios, sin necesidad de provocar rupturas innecesarias en la tradición del legado permanente del magisterio eclesiástico. En cualquier caso ahora se resalta la total concordancia entre la doctrina difundida por San Josemaría desde 1928 y el posterior magisterio conciliar, con independencia de la valoración particular que también merezcan otras posibles fuentes de procedencia. De todos modos este extremo se vería posteriormente aún más confirmado con la publicación en 1988 de la exhortación apostólica "*Christi fideles laici*" de Juan Pablo II, haciendo que muchos extremos de la teología del laicado de San Josemaría se acabaran haciendo doctrina común para todos los fieles cristianos.

Además, ahora se contextualiza la génesis histórica de las propuestas más significativas de San Josemaría. Con este fin se entroncan con los debates más decisivos que con anterioridad y posterioridad al Concilio Vaticano II habían tenido lugar en Francia, Alemania o en la propia España, señalando a su vez sus respectivos débitos y réditos. Además, también se tienen en cuenta las críticas que se formularon a la doctrina de San Josemaría desde distintos ámbitos, como fue la acusación de "integrisimo" formulada por parte de von Balthasar; de "sobreevaluación de las actividades profanas" al modo protestante calvinista por parte de Estruch; de "restauración" anacrónica de una visión externalista de la "jerarquía" y de una actividad "monacal" claramente obsoleta por parte de Rotzetter y Eicher; de adolecer de una eclesiología "agustinista" y fuertemente "preconciliar", como en concreto hizo notar Cavallotto.

La obra no pretende en ningún caso polemizar con estos distintos autores. Sólo se hace notar cómo en su mayoría estas críticas carecieron de una adecuada base documental, estando basadas en su mayor parte en una presunción de intenciones claramente desorbitada, como en su mayor parte ellos mismos acabaron reconociendo. De ahí que ahora se trate más bien de llevar a cabo una relectura teológica del pensamiento original de San Josemaría con un doble objetivo: mostrar su plena concordancia con los textos magisteriales del Vaticano II; y, por otro lado, mostrar su compatibilidad con las propuestas teológicas más originales que a la larga se acabarían demostrando más fértiles respecto de los nuevos retos que hoy día plantea la cultura contemporánea. Se trata de reconstruir de un modo sintético las propuestas más originales de San Josemaría en el contexto de los debates contemporáneos, mostrando a su vez cómo también en su caso pretendió dar respuesta a los retos más urgentes del mundo contemporáneo, a pesar de que sus propuestas con frecuencia se habrían formulado en un contexto teológico y cultural muy distinto.

Se resaltan a este respecto los siguientes aspectos de la teología espiritual de San Josemaría: a) la presencia en sus escritos de numerosas citas de Tomás de Aquino, Agustín de Hipona, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, además de sus débitos o sintonía espiritual respecto diversos clásicos de la espiritualidad, o el uso de un vocabulario espiritual con un sentido teológico muy profundo; b) Se toma la noción de Reino de Dios como el presupuesto teológico básico desde el que se justifican las tesis más características del mensaje netamente espiritual de San Josemaría, a saber: la llamada universal a la santidad y al apostolado a través del ejercicio de las actividades cotidianas más ordinarias, estableciendo una clara separación entre la vocación al matrimonio y al celibato, o entre la vocación laical, la religiosa y al sacerdocio ministerial, sin posibilidad de confusión entre ellas. El trabajo se distribuye a este respecto en tres volúmenes, cada uno con tres capítulos, junto a una larga introducción y un epílogo final, aunque de momento sólo se ha publicado el primero. Veámoslo.

a) La parte preliminar de tipo propedéutico examina los conceptos que acabamos de explicar.

b) Parte I, *La finalidad de la vida cristiana*, se subdivide en tres capítulos donde se explican los tres conceptos básicos a los que en su caso se remite la teología espiritual de San Josemaría: la gloria de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia. Son tres principios determinantes, tanto de la peculiar formación a la que se debe someter el sujeto de la vida espiritual (parte 2), como del camino específico a seguir a la hora de lograr la santificación en medio del mundo (parte 3).

c) Capítulo 1, *Dar gloria a Dios: contemplación en medio del mundo*. Se reconstruye la presencia de esta noción en San Agustín, Sulamitis (seudónimo de Desandais, en los años treinta), o ya más recientemente en von Balthasar. El dar gloria a Dios se concibe así como aquella opinión compartida de carácter estrictamente espiritual que, al modo como también sucede con el honor o la fama, ahora se concibe como una incoación de la futura visión beatífica. De ahí la prioridad que ahora se otorga a la oración, al diálogo con la Trinidad y a la contemplación, especialmente a la contemplación en medio del mundo, en cuando que todas las obras se deben aca-

bar convirtiéndolos en oración. Se puede hablar así de una llamada universal a la contemplación en San Josemaría, en la medida en que la contemplación puede tener lugar “en” y “a través” de la realización de las actividades más ordinarias.

d) Capítulo 2, *Que Cristo reine: Jesucristo en la cumbre de las actividades humanas*, analiza la estrecha relación existente entre las nociones de Reino de Cristo, de Gloria de Dios y de Iglesia. Se trata de un presupuesto latente en el mensaje de las bienaventuranzas y de las llamadas parábolas del Reino, concebidas ahora como el mensaje subyacente al principio evangélico “buscar que Cristo reine”. Es decir, en la medida en que cada fiel cristiano sea guiado “por Cristo” a ofrecer el dolor y el sufrimiento en reparación por las múltiples culpas propias y ajenas, a fin de ser divinizados “con” Cristo en la Cruz (mediación ascendente), a sabiendas del amor que Dios tuvo al mundo “en” Cristo (mediación descendente). Sólo así el Reino de Cristo se podrá hacer presente en el interior de los corazones de los hombres, haciendo compatibles las exigencias derivadas de la contemplación, la santidad y la propia felicidad con la cruz. Hasta el punto de poder hacer efectiva la exaltación de la Cruz mediante la santificación del trabajo y de las actividades más ordinarias de la vida humana, sin que el fiel cristiano tampoco se pueda desentender ya del efectivo progreso de la sociedad temporal.

e) Capítulo 3, *Edificar la Iglesia: santificación y apostolado*, analiza el significado profundo de la experiencia sobrenatural del 2 de Octubre de 1928 en San Josemaría. Fue entonces cuando comprendió cómo la participación de los laicos en la misión de la Iglesia debería llevarse a cabo “ab intra”, desde dentro del mundo, a través del ejercicio del propio trabajo profesional, sin necesidad de arrogarse tareas eclesiales sobrevinidas desde fuera. Todo ello suponía sin duda la elaboración de una nueva teología del laicado, pero también una nueva visión de la Iglesia. A este respecto la Iglesia no se reduce a las estructuras jerárquicas externas de la llamada Iglesia visible, sino que más bien se concibe como el lugar idóneo donde el fiel cristiano puede alcanzar un efectivo enraizamiento compartido con la Trinidad y con la Iglesia invisible o escatológica. De ahí que ahora la Iglesia se conciba preferentemente como la Comunión de los Santos o Cuerpo místico de Cristo, y como el Pueblo de Dios depositario a su vez del sacramento de la Presencia de Dios en el mundo. Por su parte la Eucaristía se concibe así como la cima de la liturgia, que logra hacer del fiel cristiano un “alma eucarística”, verdaderamente volcada a la santificación del mundo, al apostolado y a la edificación de la Iglesia, con ayuda de María.

Para concluir, una reflexión crítica. Burkhart y López han tratado de sintetizar el estado actual de la reflexión teológica sobre el pensamiento de San Josemaría. En todo momento se han tenido en cuenta las numerosas aportaciones que a este respecto algunos hicimos con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento y de la simultánea conclusión del proceso de beatificación y canonización por parte de Juan Pablo II en el 2002. También se tienen en cuenta las numerosas investigaciones históricas llevadas a cabo por el Centro de Documentación histórica San Josemaría Escrivá, con sede en la Universidad de Navarra y en Roma. Evidentemente todavía queda mucho trabajo por hacer, pero de todos modos ahora se da un paso adelante

sin duda importante, a saber: la necesidad de mostrar la continuidad existente entre las propuestas de San Josemaría y el acervo común del magisterio conciliar y pontificio, así como con respecto a las grandes tradiciones del pensamiento teológico occidental. En este sentido ahora se hace un esfuerzo especulativo muy encomiable de localizar aquellos puntos de partida teológicos fuertes que de algún modo están en el origen de la vida espiritual, es decir, tratando de hacer compartible la llamada vía ascendente, con su posterior aplicación a las situaciones profesionales y familiares más ordinarias, en el proceso inverso de la llamada vía descendente de aplicación de aquellos principios a la propia santificación personal. Además, se aplica desde un principio una metodología de tipo institucional que trata a su vez de delimitar los requisitos básicos que, según el pensamiento de San Josemaría, debe reunir una espiritualidad de tipo laical para que verdaderamente se la pueda caracterizar como cristiana, como ahora sucede con el análisis del fin último, del sujeto y del camino o procedimiento a seguir. Evidente se trata de un problema central de tipo institucional que recorre todo los escritos de San Josemaría; pero con vistas a futuras investigaciones, cabría plantear: ¿No sería conveniente proyectar este mismo esquema sobre algunas de sus obras de arquitectura más compleja, como a mi modo de ver ocurre con *Camino*, *Surco* y *Forja*, a pesar de la aparente sencillez de su elaboración argumental? Y en este sentido, ¿hasta que punto la estudiada articulación antes señalada al principio de esta reseña entre aquel fin principal y aquellos otros fines derivados, también permitiría explicitar con mayor precisión el complejo trasfondo jurídico, ascético y escatológico sobre el que efectivamente se proyectan aquellas tres obras?

Carlos Ortiz de Landázuri

DÍAZ DORRONSORO, R., *Los nombres de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia. El recurso a la metáfora y a la analogía* (EDICEP, Valencia 2009). 214 pp. ISBN: 978-84-7050-824-0

El Profesor de Teología de la Universidad de la Santa Croce (Roma) se ha decidido a emprender una investigación nada fácil pero interesante, porque si el lenguaje es vehículo de la revelación, la profundización en su sentido a nivel de su primera estructura es materia necesaria para su comprensión. Gracias al lenguaje se desvela el misterio oculto en los hechos de la historia de la salvación, que sin él permanecerían en su opacidad sin abrirse a la trascendencia. El Autor tiene como telón de fondo inspirador la afirmación de la constitución *Dei Verbum* acerca de la relación intrínseca entre acontecimiento y palabras para ofrecernos la revelación divina.